

¡Cuidad las relaciones familiares!

Pertenecer a una familia unida, dialogante, fiel, es un regalo incalculable. Aunque todos los seres humanos procedemos de un tronco común, sin embargo, ¡cuánto nos une la raza, la lengua, la cultura, la religión, la tierra, la común raíz y herencia familiar!

En casa nunca nos sentimos huéspedes, extraños. Las relaciones entre todos son primarias, espontáneas, naturales. En estos días navideños estrechamos los lazos familiares. Nos unimos en torno al padre y a la madre; nos sentimos más hijos y más hermanos.

Esta proximidad es la razón del daño que el deterioro de las relaciones en la familia produce. ¿Qué le puede herir más a un padre o una madre que la ofensa de sus hijos, o a un esposo o esposa que la ofensa de su cónyuge?

En las relaciones familiares se producen heridas, lesiones que tardan en cicatrizar. A veces resulta muy difícil perdonar, reconciliarse, volver al amor primero.

Las lecturas de este domingo nos insisten en el cuidado de las relaciones afectivas en el espacio familiar. Hay que estar muy vigilantes porque una sola palabra puede desatar un huracán, una sola chispa, un fuego, una mera sospecha una terrible condena.

El libro del Eclesiástico nos habla de la bendición que trae consigo una buena relación entre padres e hijos. La carta a los Colosenses nos presenta el espacio familiar como lugar de misericordia, bondad, humildad, dulzura, comprensión, mutua ayuda, perdón y amor.

El Evangelio nos propone a la Familia de Nazaret en un momento especialmente delicado: cuando el Niño Jesús reivindica su autonomía y cuando, por ello, las relaciones de los tres (María, José y Jesús) entran en crisis. Jesús reivindica su pertenencia exclusiva al Abbá. María y José no entienden. Pero Jesús no tensa más la cuerda. Vuelve con ellos a Nazaret y les obedecía. Al mismo tiempo, crecía en sabiduría, en gracia, en estatura.

Los evangelios no se detienen en contarnos cómo se vivía en la casa de Nazaret, qué tipo de mutuo entendimiento, ayuda y amor, existía entre ellos. De todas formas, si María y José y Jesús eran humanos... humano sería el desencuentro, la incomprensión mutua, el deseo no correspondido... No tenemos derecho a pensar el hogar de Nazaret como un paraíso, un idilio desencarnado. Si en algún lugar, el demonio quiso meter pata, fue precisamente en la familia de Jesús: en aquella familia extendida por parte de María y por parte de José. Y ellos tres, en el ojo del huracán.

Si la familia de Nazaret es ejemplo, es precisamente porque supo enfrentar la dificultad, encarar los problemas, buscar solución en el amor mutuo y en la fe en Dios. José estuvo a punto de despedir a María, María no entendió a su Hijo Jesús en varias ocasiones, quizá hubo momentos en los cuales la convivencia les resultó muy difícil y los complejos aparecerían en más de una ocasión. Pero José demostró ser un hombre "justo", María demostró ser una mujer "de fe", Jesús manifestó en lo más humano, lo más divino que le habitaba.

¡Y esa es la solución a los conflictos! ¡Vivir permanentemente bajo la gracia de Dios! Pedirle a Dios, para quien nada hay imposible, que cuide día a día el amor primero. No hay que dejar morir el amor. Y cuando enferma hay que curarlo cuanto antes.

La familia es un gran regalo. Gracias a ella no nos sentimos extraños en este mundo. En la Familia Dios mismo asoma su rostro y se nos vuelve Padre, Madre, Hermano, Hermana. Para llegar a descubrir la imagen de Dios se necesita mucha fe y mucha paciencia. A veces también ¡una gran

dosis de perdón!

Quienes resistan a la prueba, podrán algún día exclamar: ¡Gracias, Dios mío, por la familia que me has dado!

(Em português)

José Cristo Rey García Paredes, cmf